

## "SE ACERCA LA HORA DEL CAMBIO..."

*Luis Carlos Galán Sarmiento\**

Con respeto, admiración y gratitud nos acercamos hoy a este lugar que fue escenario hace doscientos años del holocausto de José Antonio Galán, Isidro Molina, Lorenzo Alcantuz y Manuel Ortiz. Fueron los primeros sacrificados por defender a su pueblo de la arbitrariedad y el despotismo y su martirio constituyó principio y raíz de nuestra historia. De ahí que sean los verdaderos precursores de la independencia nacional y la expresión más auténtica de nuestro pueblo. Como precursores iniciaron la lucha contra la injusticia y la opresión y defendieron con valor la dignidad humana.

Un campesino altivo, un artesano laborioso y dos exponentes de la clase media inconforme y progresista, formaron, desde entonces, el cuadrilátero sobre el cual descansan las bases de nuestro progreso y devenir histórico y las raíces profundas del alma nacional. Verdaderos varones de entereza y coraje, no claudicaron nunca en la defensa de sus ideales de justicia y de cambio.

En esa época la injusticia tenía el nombre de servidumbre, esclavitud, impuestos agobiadores, alcabalas y pechos, discriminación contra los criollos, prepotencia de los peninsulares, explotación de los de arriba y pobreza y miseria de los de abajo.

---

\* *Nueva Frontera*, número 368, Bogotá, 1° de febrero de 1982. Palabras pronunciadas en la Plaza de Bolívar de Bogotá, luego de la "marcha comunera" con la cual el Nuevo Liberalismo rindió homenaje a José Antonio Galán y a sus compañeros ejecutados el 1° de febrero de 1782.

El despotismo lo representaban el Regente visitador, sus guardas y alcabaleros, junto con los oidores, gobernadores, alcaldes y demás autoridades del imperio español.

Se había arrebatado a los indios sus tierras y resguardos para reducirlos a la servidumbre de los encomenderos y terratenientes. Se esquilmaaba el fruto de su trabajo al agricultor, al artesano y al comerciante, con diezmos y exenciones, mientras que el negro esclavo, el mulato y el zambo padecían las cadenas y sufrían la humillación. Sólo el burgués criollo y el chapetón engreído compartían los gajes de la explotación reinante y por eso estaban siempre de acuerdo con el sistema y con el déspota de turno.

Pero un día la cigarrera altiva del Socorro inició la insurgencia y el pueblo oprimido se levantó como un solo hombre, arrollando y abatiendo con la fuerza de su presencia y de su número la soberbia de un imperio que se creía invencible.

El pueblo se desbordó como un río por todos los caminos, veredas y poblados a reclamar sus derechos y a imponer la justicia de su causa. Infortunadamente no supo escoger a sus voceros y capitanes; confió ingenuamente en éstos y en las promesas de unas autoridades que utilizaron el engaño y apelaron a los ritos sagrados para encubrir su tradición.

Solo un capitán salido de la entraña fecunda del pueblo, José Antonio Galán, se irguió altivo para denunciar el engaño y descubrir la traición. En dos meses de lucha demostró dónde estaban los verdaderos enemigos de sus gentes y cuáles debían ser las estrategias y las metas económicas y sociales para conseguir el cambio que buscaban.

Por eso, con Galán, el motín y el alzamiento se transforman en revo-

lución y el grito de combate cambia de táctica. ¡Viva Túpac Amaru y muera el mal gobierno!, fue la nueva consigna que le sirvió de bandera para levantar a los pueblos oprimidos por el despotismo.

Su iniciativa de liberar a los esclavos; su defensa del mestizo, del mulato, del zambo y el cuarterón; el nombramiento de capitanes de extracción popular en todos pueblos por donde pasó durante su campaña admirable y desdén con que trató después de las Capitulaciones a los Capitanes que entregaron el movimiento, más que la rebeldía contra los impuestos y las autoridades españolas, fueron la causa para que se desatara contra él la furia de los poderosos intereses amenazados por su lucha revolucionaria y para que se decretara su prisión y su muerte junto con la de sus compañeros que lo siguieron hasta el cadalso, siete meses antes de que se dictara la inicua y bárbara sentencia y de que se consumara su último suplicio en esta plaza, escenario de nuestros grandes hechos históricos.

Han pasado 200 años de lucha popular desde ese entonces y todavía las metas de cambio capaces de integrar nuestra nacionalidad no se han conseguido. Por eso continúa la injusticia devorando o aniquilando el fruto del trabajo honrado, y su nombre se llama ahora especulación, tráfico de influencias, explotación del hombre, clientelismo, inflación. Los impuestos son ahora más agobiantes y numerosos que en la época colonial y el despotismo y la corrupción de los nuevos alcahaleros más irritantes. Los nuevos déspotas se ponen ahora la máscara democrática y el engaño y la falsía

se han vuelto la moneda de los que detentan el poder para usufructuarlo en provecho propio y no para servir a su pueblo.

La corrupción en todas sus formas está destruyendo la moral y la dignidad, y la ineficiencia y el abuso de los funcionarios hacen aún más amarga la miseria del pueblo. Estamos llegando al fondo del oprobio y de la desvergüenza, y por eso los poderosos creen con arrogancia que pueden continuar abusando sin límites de la paciencia y de la dignidad de un pueblo como el nuestro.

Empero, no será así por mucho tiempo. La hora del cambio se acerca y las condiciones sociales y económicas de la coyuntura actual están maduras para la insurgencia y la rebeldía civil. Por eso, como decía Kennedy y lo advertimos nosotros, "los que hacen imposible la revolución pacífica, harán inevitable la revolución violenta...".

En este día, el mejor homenaje que podemos rendir a estos protomártires de la Patria es continuar con valor y con fe la obra renovadora que ellos iniciaron, para lograr el cambio social, moral y político que el país requiere con urgencia, si queremos conservar y fortalecer nuestra unidad como nación y realizar un destino histórico de significación y mérito.

La justicia, como la libertad y la vida, hay necesidad de conquistarlas todos los días, para que se afiancen y puedan dar sus frutos de paz y plenitud. La lucha por estos ideales no termina nunca, porque en esencia dichos bienes constituyen la íntima y constante aspiración de nuestro ser.

Hace pocas horas he firmado en la Registraduría Nacional del Estado Civil, la inscripción de mi candidatura a la Presidencia de la República para el período de 1982-1986. La fecha escogida para hacer este acto tiene inmenso significado en estos momentos porque corresponde a la naturaleza de nuestros ideales y ratifica la trascendencia de mi compromiso ante el pueblo colombiano. No claudicaré en la defensa de esta inmensa responsabilidad, porque me siento guiado y respaldado en mi actitud por el ejemplo de los primeros mártires de la historia nacional.

En la misma plaza del sacrificio de José Antonio Galán y sus compañeros, invoco su memoria para demostrar que su holocausto no fue vano y que dos siglos más tarde, cuando han pasado ocho generaciones desde la época de la revolución comunera, sus ideales están vigentes y en las circunstancias especiales de nuestro tiempo representan para el pueblo de Colombia la primera y decisiva expresión histórica de la conciencia colectiva.

A pocos metros del lugar donde fue descuartizado el cuerpo de José Antonio Galán, en mi condición de candidato a la Presidencia de la República prometo a los colombianos que seré leal a los ideales del pueblo y que lucharé por ellos con devoción y sinceridad todo el tiempo que sea necesario para transformar la vida de los oprimidos, alcanzar la paz y la libertad para mis compatriotas y rescatar la fe colectiva en un destino superior y trascendente para toda la Nación.

